

Gerard. Creía la Francia poseer en ellos á los antagonistas de los grandes maestros italianos: noble y extraña ilusión de una nación prendada de toda especie de glorias, que aspiraba á poseerlas todas, y que aplaudía generosamente á las medianías con la esperanza de que de ellas brotase el genio!

Aún más distante de la verdadera superioridad estaba la Francia en las letras; pero como juez excelente en la materia, no padecía en este punto engaño. Habíase apoderado á la sazón del genio nacional una especie de inercia poco común. Habíase visto á la Francia en el siglo décimoséptimo, revestida con todo el brillo de la juventud y de la gloria, descollar hasta el más alto punto en la representación trágica de las pasiones del hombre, y en la representación cómica de sus miserias y percances, é ilustrar el púlpito con una elocuencia grave, poderosa, sublime y desconocida en el mundo, donde jamás volverá á oirse. Viósele en el siglo décimotercero, cambiando repentinamente de gusto, de espíritu y de creencia, abandonar el arte por la polémica, impugnar al altar, al trono, todas las instituciones sociales, y producir una literatura nueva, llena de acrimonia vehemente, y también inmortal, aunque menos bella que la literatura que se consagra á la pintura del corazón humano. Viósele también variar al infinito las producciones de su inteligencia, y no secarse jamás, á la manera de aquella fuente en que los antiguos hacían beber al genio y que derramaba sobre el mundo un raudal inagotable. Pero de repente, después de una revolución inmensa, la más humana en su objeto, la más terrible en sus medios, la más vasta en sus consecuencias, el genio francés que la deseó, que la provocó y la produjo, se mostró sorprendido, turbado, espantado de ver su obra, y por decirlo así anonadado. La literatura francesa después de la revolución de 1789, á pesar de la influencia de Napoleón, permanecía nula y privada de inspiración. La tragedia, aunque ya en decadencia en la época misma en que Voltaire pintaba en su *Zaira* la lucha entre la religión y el amor, se arrastraba humilde mendigando ya de la Grecia, ya de la Inglaterra, tan pronto de Sófocles como de Shakespeare, las inspiraciones que sólo deben pedirse á la naturaleza, y que acuden siempre que se las invoca, porque el genio verdaderamente inspirado no ha menester de extrañas excitaciones, sino que su propia plenitud le da alimento. Imitaba Chenier en estilo noble y puro la tragedia griega; Ducis en estilo incorrecto, pero interesante, imitaba la tragedia inglesa. La comedia, cuyo continuador más afamado era á la sazón Mr. Picard, retrataba, sin profundidad pero con cierta jovialidad, caracteres indecisos, puesto que los grandes caracteres habían logrado ya para siempre su intérprete en Molière y en alguno que otro de sus discípulos. El púlpito había perdido su autoridad; la tribuna no tenía voz. No había más elocuencia que la de Mr. Regnault, que exponía con estilo fácil y brillante los pequeños negocios de la época, y la de Mr. de Fontanes que algunas veces, llevando la voz al frente de las corporaciones del Estado y con un estilo correcto, elegante y noble, más grandioso por la magnitud de los sucesos que por la de su propio ingenio, era el intérprete de la admiración que tributaba la Francia á los prodigios del reinado imperial. La historia finalmente carecía de libertad y de ex-

periencia, y aún no se había aficionado á las sabrosas investigaciones que después la han distinguido.

La literatura francesa sólo volvía á aparecer verdaderamente original y elocuente cuando Mr. de Chateaubriand, celebrando los tiempos pasados, despertaba en el corazón, como ya en otra ocasión hemos observado, aquella sincera melancolía que hace al hombre lamentarse de la pérdida de lo pasado, por poco que haya valido, sólo porque ya no existe. Sin embargo tenía el siglo un escritor inmortal como César, que era el mismo soberano; escritor grande, porque su inteligencia era grande, orador inspirado en sus proclamas, cantor de sus propias hazañas en sus boletines, argumentador poderoso en una multitud de notas que redactó, en los artículos que dió al *Monitor*, en las cartas que escribió á sus agentes, que algún día sin duda verán la luz pública y sorprenderán al mundo tanto como le sorprendieron sus hechos. Animado cuando describía, claro, concreto, vehemente é imperioso cuando demostraba, su estilo era siempre llano como lo exigía la grave misión que le había confiado la Providencia, si bien en ciertas ocasiones era por un resto de costumbre un tanto declamador, como todos los hijos de la revolución francesa: destino singular, que hacía de ese hombre prodigioso el más grande escritor de su época, después de ser el más grande capitán, el más grande legislador y el más grande administrador! No parecía sino que al confiarle la nación, muerta de cansancio, el cuidado de querer, de mandar y de pensar por ella, le había con este mismo privilegio concedido el don de hablar y de escribir mejor que todos sus hijos.

Ya en aquella época, en medio de la agitación inquieta de una literatura envejecida que se esforzaba en sacar inspiraciones de todo, empezaba á notarse una noble tendencia literaria. Querían unos remontarse al siglo diez y siete y á la antigüedad como fuente de toda belleza; otros buscaban en las literaturas inglesa y alemana el secreto para producir más fuertes emociones: ¡tristes empeños del espíritu de imitación, que cambia incesantemente de objeto sin alcanzar jamás la originalidad! Napoleón, llevado de su gusto natural hacia la belleza pura, y por cierto instinto de nacionalidad, rechazaba estas nuevas tentativas, y preconizando á Racine, á Bossuet y á Molière, y con éstos á los antiguos, se dedicaba á hacer florecer en la Universidad los estudios clásicos. Por último, con el objeto de producir una impresión duradera en el espíritu del público, ideó el medio más eficaz á su modo de ver para producir buenas obras, de adjudicar la reputación de una manera justa, espléndida y autorizada. En los países libres hay infinidad de escritores dedicados á la crítica, unos ilustrados, justos y probos, otros por el contrario ignorantes, apasionados y abyectos, que analizan las producciones del talento, y después de levantar un rumor vano dejan el puesto al tiempo, el cual dicta su fallo del modo más suave y seguro, entregando al olvido ciertas obras y perpetuando otras. Pero Napoleón, al conceder á las letras cierta libertad de discusión, no estaba aún decidido á tolerarla completa, y por otra parte era demasiada su impaciencia para esperar el fallo del tiempo. Imaginó, pues, exigir de cada clase del Instituto informes extensos y minuciosos sobre el progreso de las letras, de las artes y de las ciencias, desde el año 1789, en que se señalasen

las buenas y malas tendencias y las obras distinguidas ó adocenadas, distribuyendo el elogio y la censura con rigurosa imparcialidad. Estos informes habían de ser discutidos en sus respectivas clases para que tuviesen la fuerza de una decisión, presentados por algún hombre eminente de la época, y leídos en el Consejo de Estado en presencia del emperador, que debía juzgarlos desde su elevado trono, estimulando con su solemne atención las tareas de los ingenios franceses.

En su consecuencia, presentóse Mr. Chenier en una sesión del Consejo de Estado á leer en presencia de Napoleón una memoria sencilla, enérgica y elevada, sobre los progresos de las letras desde el año 1789. Acabada la lectura, contestó Napoleón á Mr. Chenier con estas memorables palabras:

«Señores diputados de la clase segunda del Instituto:

»El ser hoy la lengua francesa una lengua universal, es debido á los hombres de genio que habéis contado y contáis aún en vuestro seno.

»Los resultados de vuestras tareas son para mí importantes: al mismo tiempo que procuran la ilustración de mis pueblos, son necesarios para la gloria de mi corona.

»He escuchado con satisfacción el informe que acabáis de darme.

»Podéis contar con mi protección.»

Con toda esta grandeza deben conducirse los gobiernos cuando quieran intervenir en las producciones del entendimiento humano; además de que, á este modo de distribuir la gloria por medio de una decisión de la autoridad pública, agregaba Napoleón una munificencia de que ya hemos citado numerosos ejemplos, y el más fecundo de todos los estímulos, cual era la aprobación del genio. En otras sesiones oyó un informe de Mr. Cuvier sobre los adelantos de las ciencias, y otro de Mr. Dacier sobre el de las investigaciones históricas, y sucesivamente á todos los representantes de las demás clases sobre varios ramos á ellas concernientes. Deseoso de dar á las artes del dibujo una muestra de atención no menos honrosa, visitó en persona acompañado de la emperatriz y de una parte de su corte el estudio del pintor David para ver su cuadro de la Coronación, y después de haberlo contemplado detenidamente le dirigió las frases más lisonjeras.

Tales eran las ocupaciones de Napoleón á su regreso de Tilsit; tal el espectáculo que ofrecía la Francia bajo su reinado, ya por efecto de las circunstancias, ya también por el influjo personal que sobre ella ejercía. La mayor parte de las resoluciones que acababa de adoptar reclamaban la intervención del poder legislativo. Más de un año hacía que no le había reunido, y estaba ya impaciente por congregarle, tanto para presentarle las leyes de hacienda, el código comercial y las leyes relativas á las obras públicas, como para manifestar ante las corporaciones del Estado la situación de la Europa. Resolvió abrir las sesiones del cuerpo legislativo el 16 de agosto, día siguiente al destinado á celebrar la fiesta de San Napoleón. El día 15 fué un verdadero día de festividad y regocijo para París y para la Francia entera. El júbilo causado por la paz llenaba aún los corazones, por-

que, firmada en Tilsit el día 8 de julio y sabida en París el 15, apenas hacía un mes que había empezado á disfrutarse. A la alegría de ver celebrada la paz continental, juntábase la esperanza de la paz marítima. La presencia de Napoleón en París había producido ya el influjo acostumbrado; notábase en todas partes un nuevo movimiento; abundaba el dinero; los que Napoleón acababa de colmar de riquezas se mandaban construir suntuosas moradas y encargaban elegantes mueblajes para decorarlas; sus mujeres derramaban el oro á manos llenas en las tiendas de artículos de lujo; anunciábase una larga temporada de campo en Fontainebleau, adonde concurriría invitada toda la alta sociedad de París, y donde se celebrarían las fiestas y saraos que no se habían celebrado durante el invierno. Por último, la gloria nacional, que hacía latir con vehemencia los corazones, contribuía también á aumentar el regocijo público. La noche del 15 de agosto rivalizó con el más esplendoroso día. Toda la población de París estaba agrupada aquella noche bajo las ventanas del palacio, embriagada de entusiasmo, y pidiendo ver al glorioso soberano que tantos beneficios reales ó aparentes había derramado sobre la Francia, que tan grande la había hecho. Es preciso reconocer en honor de la naturaleza humana, que no hay cosa que la fascine como la gloria. Aunque Napoleón no hubiera sido entonces emperador ni rey, igual hubiera sido el deseo de contemplar en su persona al hombre más grande de los tiempos modernos. Mostróse al público repetidas veces, dando la mano á la emperatriz, sin distinguirse apenas en medio de la deslumbradora comitiva que le acompañaba, pero recibiendo aplausos y saludos como si claramente fuese visto. Quiso presenciar por sí mismo y más de cerca el entusiasmo popular, y salió disfrazado en compañía de su fiel Duroc á pasear por el jardín de las Tullerías. Favorecido por la noche y por su disfraz pudo disfrutar de los sentimientos de que era objeto sin ser reconocido, y oyó en todos los grupos pronunciar su nombre con amor y agradecimiento. Detúvose en el jardín para oír á un niño que exclamaba con todas sus fuerzas *viva el emperador!*, le cogió en sus brazos, y preguntándole por qué gritaba de aquel modo, le respondió el niño que su padre y su madre le enseñaban á amar y á bendecir al emperador. Eran los padres de aquella criatura unos bretones que huyendo de los horrores de la guerra civil, habían hallado en París la tranquilidad y bienestar en un modesto empleo; habló Napoleón un rato con ellos, y hasta el día siguiente que recibieron una muestra de favor, no supieron quién era aquel testigo poderoso de la espontánea sencillez de sus corazones.

Al siguiente día, 16 de agosto, fué Napoleón al cuerpo legislativo, rodeado de sus mariscales, seguido por un pueblo inmenso, y encontró al Consejo de Estado y al tribunado reunidos con los miembros de aquella corporación. Mr. de Talleyrand, como vicegran-electo, presentó para prestar juramento á los individuos nuevamente elegidos del cuerpo legislativo; y después el emperador con voz clara y penetrante, pronunció el siguiente discurso:

«Señores diputados de los departamentos en el cuerpo legislativo: señores tribunos é individuos de mi Consejo de Estado:



»Después de la última legislatura en que os habéis reunido, nuevas guerras, nuevos triunfos y nuevos tratados de paz han cambiado la faz de la Europa política.

»Si la casa de Brandeburgo, que fué la primera en conjurarse contra nuestra independencia, reina todavía, sólo lo debe á la sincera amistad que me ha inspirado el poderoso emperador del Norte.

»Un príncipe francés reinará en el Elba: él sabrá conciliar los intereses de sus nuevos súbditos con sus primeros y más sagrados deberes.

»La casa de Sajonia ha recobrado, al cabo de cincuenta años, la independencia que había perdido.

»Los pueblos del ducado de Varsovia y la ciudad de Dantzig han recobrado su patria y sus derechos.

»Todas las naciones de concierto se regocijan al ver para siempre destruída la perniciosa influencia que la Inglaterra ejercía en el continente.

»La Francia queda unida con los pueblos de Alemania por las leyes de la Confederación del Rin; y con los de España, Holanda, Suiza é Italia, por las leyes de nuestro sistema federativo. Nuestras nuevas relaciones con la Rusia están basadas en la estimación recíproca de estas dos grandes naciones.

»En todo cuanto he hecho, mi única mira ha sido la felicidad de mis pueblos, más cara á mis ojos que mi propia gloria.

»Deseo la paz marítima. Nunca el más leve resentimiento guiará mis determinaciones; no puedo concebirlo contra una nación juguete y víctima de los partidos que la destrozan, y engañada así sobre la situación de sus negocios como sobre la de sus vecinos.

»Pero sea cual fuese el resultado que los decretos de la Providencia tengan reservado á la guerra marítima, siempre mis pueblos me encontrarán inalterable, y siempre encontraré yo á mis pueblos dignos de mí.

»Franceses: vuestra conducta en estos últimos tiempos en que habéis tenido á vuestro emperador á más de quinientas leguas de distancia, ha aumentado mi estimación y la opinión que de vuestro carácter había concebido. Me he enorgullecido de ser entre vosotros el primero. Si en estos diez meses de ausencia y de peligros me habéis tenido presente en vuestra memoria, sabed que las pruebas de amor que me habéis dado, han excitado constantemente en mí las más vivas emociones. Todo mi anhelo, todo cuanto podía interesar á la conservación de mi persona, me hubiera sido indiferente á no mediar vuestro propio interés y la importancia que podían tener para vuestros destinos futuros. El pueblo que formáis es bueno y grande.

»He meditado sobre diferentes disposiciones para simplificar y perfeccionar nuestras instituciones.

»La nación ha palpado los felices resultados de la institución de la Legión de honor. He creado varios títulos imperiales para dar nuevo brillo á mis principales súbditos, para honrar los grandes servicios con grandes recompensas, y para imposibilitar también la renovación de los títulos feudales incompatibles con nuestras instituciones políticas.

»Los informes de mis ministros de Hacienda y del Tesoro público, os darán á conocer el estado próspero de nuestra hacienda. Mis pueblos gozarán de un alivio considerable en la contribución territorial.

»Mi ministro de lo Interior os dará parte de las obras

que se han comenzado ó concluído; pero lo que está por hacer tiene aún más importancia, porque quiero que en todo mi imperio, hasta en la más humilde aldea, aumenten el bienestar de los ciudadanos y el valor de las tierras por efecto del sistema general de mejoras que he concebido.

»Señores diputados de los departamentos en el cuerpo legislativo: vuestra asistencia me será necesaria para llegar á este gran resultado, y me creo con derecho para contar siempre con ella.»

Fué escuchado este discurso con profunda emoción y aplaudido con frenesí. Napoleón se volvió á las Tullerías acompañado por el mismo gentío, y saludado con las mismas aclamaciones.

En los días siguientes se presentaron diversas leyes fijando el presupuesto de 1807 en setecientos veinte millones de gastos é ingresos; pidiendo para el de 1808 simples créditos provisionales según la costumbre de la época; restituyendo al país, para el mismo año de 1808, veinte millones de la contribución territorial (1); reglando la participación de los departamentos en las grandes obras de utilidad pública; instituyendo un tribunal de cuentas y mandando por último la observancia de un código de comercio. Reservábase el senado las medidas concernientes á la creación de nuevos títulos, al expurgo de la magistratura, y á la reunión del tribunalado con el cuerpo legislativo. Después de presentadas todas estas leyes, hizo el ministro de lo Interior la exposición sobre la situación del imperio, y así que el ministro, en un cuadro cuyo fondo y cuya forma casi en su totalidad había trazado el mismo Napoleón, acabó de hacer la pintura del estado floreciente de la Francia, de los progresos de su industria y de su comercio, del impulso dado á todos los trabajos, de la construcción simultánea de tantos canales, caminos, puentes y monumentos públicos en toda la superficie del territorio; de la regularidad, del orden, de la abundancia que reinaba en la hacienda, de los esfuerzos hechos en favor de la pública instrucción y para propagar en todas las poblaciones los beneficios del culto; y por último, de tantas creaciones útiles cuyo curso no sólo no había podido interrumpir una guerra de gigantes, sino que hasta se había acelerado de sus resultados, merced á los tributos impuestos á los reyes vencidos; Mr. de Fontanes, presidente del cuerpo legislativo, contestó con el siguiente discurso, que, por ser comunes á todos los corazones los sentimientos expresados en él, fué dado escribir de antemano.

«Señor ministro de lo Interior: señores consejeros de Estado:

»El cuadro que acabáis de trazar á nuestra vista parece presentarnos la imagen de uno de esos reyes pacíficos exclusivamente ocupados en la administración interior en el seno de sus Estados; y sin embargo, todos esos trabajos de utilidad, todos esos sabios proyectos destinados á perfeccionarlos más y más, han sido orde-

(1) En otra parte he dicho 15 millones: eran en efecto 20 millones, pero los nuevos céntimos impuestos para la participación de los departamentos en las obras públicas, reducían estos 20 millones á 15. (N. del A.)

nados y concebidos entre el estruendo de las armas, en los últimos confines de la Prusia vencida, y en las fronteras de la Rusia amenazada. Si tantos beneficios supo disponer un héroe á quinientas leguas de la capital y entre los cuidados y fatigas de la guerra, ¡cuánto no aumentarán restituído éste á nuestros hogares! Veremosle todo consagrado á hacer la felicidad pública, y su gloria cautivará enteramente los corazones.

»Estamos muy lejos de rehusar al heroísmo los homenajes que en todos tiempos se le tributaron. La filosofía ha ultrajado más de una vez al entusiasmo militar: osemos hoy vengarle.

»La misma guerra, esa dolencia antigua y desgraciadamente necesaria que se cebó en todas las sociedades; ese azote, cuyos efectos es tan fácil deplorar y cuya causa es tan difícil extirpar, no deja de producir cierta utilidad á las naciones. Con ella adquieren nueva energía las sociedades envejecidas, y tienden á aproximarse pueblos grandes largo tiempo enemigos, que aprenden á estimarse en el mismo campo de batalla; ella agita y fecundiza la inteligencia con espectáculos extraordinarios, y sobre todo instruye á las edades presente y venidera cuando hace surgir alguno de esos genios raros que aparecen en el mundo para transformarlo todo.

»Mas no porque la guerra produzca tales bienes, deberá prolongarse demasiado, porque de ella nacerían irreparables males. Los campos y los talleres quedan abandonados con ella, desiertas las escuelas en que se forma la inteligencia y las costumbres; la barbarie cunde, y en su flor segadas ven perecer con ellas las esperanzas del linaje humano.

»El cuerpo legislativo y el pueblo francés entero bendicen al príncipe grande que pone término á la guerra antes de que pueda contristarlos con tan desastroso influjo, y cuando por el contrario nos proporciona tantos nuevos elementos de fuerza, de riqueza y de población. La guerra, que todo lo agota, ha regenerado nuestra hacienda y nuestro ejército. Los pueblos vencidos nos prestan subsidios, y la Francia cuenta soldados dignos de ella en los pueblos aliados.

»Nuestros ojos han presenciado las cosas más grandes. Unos cuantos años han bastado para renovar la faz del mundo. Un hombre ha recorrido la Europa dando y quitando diademas. Las fronteras de los imperios se mudan, se estrechan y se ensanchan á su antojo: todo lo arrastra su poderoso ascendiente. Pues bien; ese hombre, revestido de tamaña gloria, nos promete más todavía: pacífico hoy y desarmado, quiere probarnos que esa fuerza incontrastable que en su carrera derriba los tronos y los imperios, está sometida á esa prudencia verdaderamente regia que los conserva en paz, que los enriquece con la industria y la agricultura, que los exorna con las maravillas de las artes, y los funda de un modo imperecedero en el doble cimiento de la moral y de las leyes.»

Empezaron inmediatamente las tareas del cuerpo legislativo y continuaron con aquella quietud y celeridad propias de las discusiones de mera fórmula; porque el análisis formal de las leyes presentadas ya se había verificado en otra parte, esto es, en las conferencias entre el tribunalado y el Consejo de Estado. En esta breve legislatura, que le hizo detenerse en París y aplazar su

salida para Fontainebleau, celebró Napoleón el casamiento de la princesa Catalina de Wurtemberg con su hermano Jerónimo. Esta joven princesa, dotada de las más nobles prendas, hermosa y llena de dignidad en su persona, altiva como su padre, pero amable y penetrada de todos sus deberes, y destinada á ser un día el modelo de las esposas en la desgracia, llegó al palacio de Raincy cerca de París el día 20 de agosto, un tanto turbada por causa de la suerte que le esperaba en un tanto corte que pintaban todos en Europa como el centro de la fuerza brutal, si bien nadie se atrevía á negar su esplendor y poderío, y en la cual no había de tener á su lado ni uno solo de los muchos y leales servidores que la habían acompañado desde la infancia. Recibióla Napoleón el 21 en el primer escalón de la escalinata de las Tullerías, y al ir á inclinarse ante él la princesa, la recibió en sus brazos, presentándola en seguida á la emperatriz, á toda su corte, y á los diputados del nuevo reino de Westfalia, convocados en París para asistir á aquel enlace. Al día siguiente celebróse por el archicanciller Cambaceres el consorcio civil de los dos jóvenes esposos, y al otro recibieron en la capilla de las Tullerías la bendición nupcial del príncipe primado, que, devoto siempre del imperio por inclinación y agradecimiento, había ido en persona á consagrar la nueva corona alemana fundada en el Norte de la confederación, de que era canceller y presidente.

Las funciones que con motivo de este enlace se celebraron duraron muchos días, y entretanto dispuso Napoleón el viaje de los augustos novios á Westfalia. La capital de su reino, compuesto principalmente con los Estados del gran duque de Hesse, destronado por sus perfidias, había de ser Cassel. Además de la Hesse electoral, comprendía la Westfalia y las provincias segregadas de la Prusia á la izquierda del Elba. Su principal fortaleza era Magdeburgo. Había además fundadas esperanzas de que lograría este reino una parte del Hanóver. El título de reino de Westfalia convenía á su situación geográfica, á su extensión, y á su papel en la Confederación del Rin. Llevaba á más aneja cierta especie de grandeza, y no traía á la memoria, como hubiera sucedido con el de reino de Hesse, el despojo de una gran familia alemana. Comisionó Napoleón á tres consejeros de Estado, que fueron Mr. Simeón, Mr. Beugnot y Mr. Jollivet, para que con el carácter de nombre y regencia provisional fuesen á dar principio á la organización administrativa de este reino, de modo que al llegar á él el príncipe Jerónimo se hallase una especie de gobierno instituido, y durante su permanencia en Westfalia tuviese á su lado consejeros sabios capaces de guiar su experiencia. Hízole Napoleón partir en seguida dándole estas instrucciones:

«Creo, hermano mío, que debéis pasar á Stuttgart, admitiendo la invitación que os ha hecho el rey de Wurtemberg. Desde allí os dirigiréis á Cassel con toda la pompa de que os rodean las esperanzas de vuestros pueblos. Convocaréis á los diputados de las ciudades, á los ministros de todas las regiones y á los diputados de los Estados que en la actualidad existen, haciendo de modo que entre ellos sólo haya mitad nobles; y ante esa asamblea recibiréis la constitución y prestaréis juramento de cumplirla, y acto continuo se lo recibiréis á los diputados de vuestros pueblos. Los tres individuos



que componen la regencia quedan encargados de poner en posesión del país. Éstos formarán un consejo privado, que permanecerá con vos mientras os fuere necesario. Por de pronto no nombraréis más que una mitad de los consejeros de Estado, pues con ellos tendréis lo suficiente para empezar las tareas. Cuidad de que la mayoría no sea de nobles, pero sin que nadie eche de ver vuestro sistema de que la clase media esté siempre en mayoría en todos los empleos. Excepto solamente ciertos cargos de palacio que, por el mismo principio, deben recaer en las familias más distinguidas. Basta tener cuidado con que los ministerios, los consejos, si es posible los tribunales de apelación y las administraciones, estén desempeñados por personas que no pertenezcan á la clase noble. Esta conducta mortificará á la Germania y afligirá tal vez á la clase opuesta; no os importe mientras no mostréis en ello una imprudente afectación. Cuidad de no entablar nunca discusiones y de no dar á entender que ponéis empeño en ennoblecer á la clase media. Para esto conviene establecer el principio de echar mano de los hombres de mérito dondequiera que se encuentren. Os he trazado los principios generales de vuestra conducta. He dado orden al mayor-general de entregaros el mando de las tropas francesas que se hallen en vuestro reino. No olvidéis que sois francés, protegédlos y procurad que no se las ofenda. Poco á poco, y á medida que dejen de ser precisos, iréis despachando á los gobernadores y comandantes de armas. Opino que no debéis precipitaros, sino escuchar con reflexión y prudencia las quejas de las ciudades, que sólo deseen librarse de los embrazos que ocasiona la guerra. Tened presente que el ejército ha permanecido seis meses en Baviera, y que esta sesuda población ha soportado con paciencia tan pesada carga. Antes que llegue el mes de enero debéis dejar dividido vuestro reino en departamentos, y establecer en ellos prefectos que den principio á vuestra administración. Lo que principalmente quiero es, que no demoréis por ningún motivo el establecimiento del Código Napoleón. La constitución lo establece irrevocablemente para el 1.º de enero, y si os descuidáis en mandar su observancia os exponéis á suscitar una cuestión de derecho público, porque en cualquier caso de sucesión que ocurra se os pondrán mil reclamaciones. No dejarán de hacerse objeciones; contrastadlas con voluntad enérgica.

»Los miembros de la regencia, que no aprueban lo que se ha hecho en Francia durante la revolución, harán sus representaciones; respondedles que á ellos nada les importa. Pero valeos de sus luces y experiencia, y sacaréis de ellos mucho partido. Escribidme sobre todo muy á menudo... Encontraréis adjunta la constitución de vuestro reino: esta constitución contiene las condiciones con las cuales renuncio yo todos mis derechos de conquista y los que tengo adquiridos por otros títulos sobre vuestro país. Seguidla fielmente. Me interesa la felicidad de vuestros pueblos, no sólo por lo que puede contribuir á vuestra gloria y la mía, sino también desde el punto de vista del sistema general de Europa. No deis oídos á los que os digan que vuestros pueblos, avezados á la servidumbre, recibirán con ingratitud vuestros beneficios. En el reino de Westfalia se sabe más de lo que intentan persuadir, y vuestro trono

sólo podrá verdaderamente cimentarse en la confianza y en el amor de la población. Lo que con más impaciencia desean los pueblos de Alemania es que las personas que pertenecen á la clase noble y que tienen mérito, tengan el mismo derecho que los nobles á vuestra consideración y á los empleos; que quede abolida toda especie de servidumbre y de vínculos intermedios entre el soberano y la última clase del pueblo. Los beneficios del Código Napoleón, la publicidad de los procedimientos y la institución del jurado serán caracteres distintivos de vuestra monarquía; y si he de deciros por completo lo que imagino, mas me parece que han de contribuir sus efectos á la extensión y consolidación de vuestra monarquía, que los resultados de los más ruidosas victorias. Es menester que vuestros pueblos gocen de una libertad, de una igualdad y de un bienestar desconocidos en los demás pueblos de la Germania, y que este gobierno liberal produzca de un modo ó de otro los cambios más saludables en el sistema de la confederación y en el poder de vuestra monarquía. Este modo de gobernar será una barrera que os dividirá de la Prusia, mucho más respetable que el Elba, que las plazas fuertes y que la misma protección de la Francia. ¿Qué pueblo querrá someterse de nuevo al arbitrario gobierno prusiano, después que haya saboreado los beneficios de una administración sabia y liberal? Los pueblos de Alemania, Francia, Italia y España, anhelan la igualdad y claman por las ideas liberales. Muchos años hace que dirijo los negocios de Europa, y cada vez me convenzo más de que los privilegios son contrarios á la opinión general. Sed siempre rey constitucional; que aunque no bastaran á persuadirlo la razón y las luces de vuestro siglo, así os lo exigiría en vuestra posición una política prudente...»

Aunque había muchos proyectos que convertir en leyes, las sesiones del cuerpo legislativo no podían prolongarse mucho, merced á las conferencias preliminares que, como ya hemos dicho, hacían poco menos que inútil y de mero aparato toda discusión pública. La última mitad de agosto y la primera de septiembre fueron tiempo suficiente. Terminadas las tareas de esta corta legislatura, se llevó á las dos asambleas el senado-consulta que suprimía el tribunado y transfería sus atribuciones y su personal al cuerpo legislativo. Acompañábale un discurso en que se tributaba un homenaje á los trabajos y servicios de la suprimida corporación. Su presidente, al recibir esta comunicación, dirigió un discurso de acción de gracias al soberano que reconocía los méritos de los individuos del tribunado abriendo á todos ellos una nueva carrera. Cerróse la legislatura, cumplidas estas vanas formalidades, y los últimos actos del gobierno imperial quedaron corroborados con el sello de la legalidad.

Salió por fin la corte el día 22 de septiembre para Fontainebleau, donde iba á pasar el otoño entre el fausto y toda especie de funciones. Quiso Napoleón reproducir allí la imagen completa de las costumbres de la antigua corte en toda su magnificencia. Fueron invitados al efecto muchos príncipes extranjeros, tales como el príncipe primado, que, según dejamos dicho, había ido á París á celebrar el casamiento de los reyes de Westfalia; el archiduque Fernando, antiguo soberano de Toscana y de Salzburgo, en la actualidad duque de Wurtzburgo,

á quien llevaba allí principalmente la esperanza de restablecer la buena armonía entre Francia y Austria; el príncipe Guillermo, hermano del rey de Prusia, enviado á París á solicitar cierto alivio en los impuestos con que había sido gravado su país; por último, un gran número de personajes franceses y extranjeros. Pasábase el día en cazar y perseguir á los venados del bosque, para lo cual había prescrito Napoleón como de rigor cierto traje de caza, obligatorio para las damas y caballeros, y aun para él mismo, procurando coonestar en su propia opinión esta puerilidad con la idea de lo mucho que contribuye la etiqueta en todas las cortes, y muy especialmente en las de origen reciente, á mantener el respeto y el decoro. Por la noche representaban en su presencia los primeros actores de París las obras clásicas de Corneille, Racine y Moliere, pues sólo concedía este honor á las grandes producciones que eran verdaderos títulos de inmortalidad para la nación; y como para hacer más acabado aquel remedo de las antiguas costumbres, llevó su dignación hasta dispensar á ciertas damas de la corte, nombradas por su belleza, miradas que afligieron á la emperatriz Josefina y que dieron margen á dichos y discursos acerca de su persona, menos graves de lo que solían ser generalmente.

Mientras que entregado á aquellos ocios, con que descansaba de sus muchas ocupaciones (1), esperaba Napoleón en Fontainebleau el resultado de las negociaciones entabladas por la Rusia con la Inglaterra, las estipulaciones de Tilsit ocupaban á los gabinetes y producían en el mundo sus naturales consecuencias. El Portugal, obligado á declararse, pedía á la corte de Londres permiso para someterse á las exigencias de Napoleón, perjudicando, no obstante, lo menos posible al comercio británico y evitando á ingleses y portugueses la presencia de un ejército francés en Lisboa. La corte de España, preocupada hasta el más alto punto con las consecuencias que podría producir su pérdida conducta del año último, asustada de los planes que iban á suscitar en el corazón de Napoleón su omnipotencia y su descanso, resolvió, como hemos visto, mandar cerca de su persona, además de su embajador ordinario el príncipe de Masserano, al duque de Frías con carácter de embajador extraordinario y á Izquierdo como enviado secreto; pero ninguno de ellos consiguió penetrar el terrible arcano de su porvenir. El Austria, amargamente arrepentida de no haberse aprovechado del intervalo entre las dos batallas de Eylau y de Fried-

(1) Uno de los principales motivos que decidieron á Napoleón á trasladarse con su corte á Fontainebleau, fué el deseo de recibir al embajador ruso Mr. de Tolstoy de una manera fastuosa y enteramente aristocrática. Se dispusieron en aquellos soberbios y dilatados bosques seculares grandes batidas, á imitación de las célebres cacerías de Enrique II y de Luis XIII. Se obligó á todos los personajes de la corte, damas y caballeros, á revestir un uniforme *ad hoc*; el de las damas, á juzgar por el gusto entonces reinante, debía parecer precioso, pero pasaría por horrible en nuestros días si era en efecto como lo describe en una de sus notas Mr. de Capéfigue (*L'Europe pendant le Consulat et l'Empire*, etc.). Quería Napoleón dar al cuerpo diplomático una idea ventajosa de su corte, y para que fuese más completa la semejanza de ésta con la de la antigua monarquía, tan corrompida en sus costumbres, incurrió en debilidades que prueban cuán poca cosa es el hombre, aun sublimado á la mayor grandeza, cuando olvida que es un mero instrumento de Dios en el mundo. (N. del T.)

land, y profundamente inquieta por las muestras de inteligencia que empezaban á advertirse entre los dos emperadores de Francia y Rusia, pensaba ya que su alianza, tan natural cuando la Francia se las había con la Inglaterra por mar y con la Alemania por tierra, y tan formidable en todo tiempo para Europa, estaba quizás enteramente acordada, y que las provincias del Danubio, ocupadas en la actualidad por los rusos, serían según todas las probabilidades el precio de esta nueva unión. Siendo esto así, iban á colmarse los infortunios que sobre ella estaban cayendo desde principios



Jérónimo Bonaparte

del siglo; porque desposeída en el espacio de quince años de los Países-Bajos, de Italia, del Tirol y de la Suabia, repelida detrás del Inn y detrás de los Alpes Estirios y Julianos, era todavía mayor que todos estos males el único que podía ya sobrevenirle viendo á la Rusia establecida en la parte inferior del Danubio, separándola del Mar Negro y ciñéndola por el Oriente, mientras la Francia la estrechaba por el Occidente. Así que en todas las cortes en que concurrían con los nuestros los representantes del Austria, en España, en Italia, en Alemania, se les veía inquietos, cavilosos, pescudadores, procurar sorprender por todos los medios posibles el secreto de Tilsit, ya persiguiéndolo á precio de oro, ya esforzándose por sonsacarlo en cualquier momento de franqueza, ya por último solicitándolo, cuando se les negaba, con ridícula indiscreción. Mientras en todas partes ponían en juego vanamente sus recursos para penetrar los proyectos de la nueva alianza, en Constantinopla los daban por completamente descubiertos: decían á los turcos que la Francia los había abandonado, vendido y entregado á la Rusia, y los